
Fronteras, estados e identificaciones en el Cono Sur

Alejandro Grimson*

Los procesos fronterizos constituyen una entrada estratégica para la comprensión de los procesos socioculturales contemporáneos. Hace varias décadas, al menos desde Barth (1976) y Cardoso de Oliveira (1976 y 1996), sabemos que estudiar identificaciones es estudiar sus límites. Es decir, los grupos y las identificaciones no pueden comprenderse en sí mismos, sino en relación con otros, en un entramado de relaciones que repone una situación de contacto, una situación de frontera. Estudiando límites podemos saber aquello que un grupo o una identificación incluyen y excluyen, así como los dispositivos a través de los cuales construyen esas diferencias, articulándolas en la mayor parte de los casos con formas de desigualdad.

Una parte de los nuevos procesos y problemas que proliferaron en los estudios socioculturales durante la década del '90 fue conceptualizada a través de términos como identidades, fronteras, territorios. Esos términos se convirtieron en “metáforas comodines”, útiles para hacer referencia a las más variadas dimensiones y situaciones. La expansión de esos usos metafóricos se combinó en ciertos casos con una perspectiva que enfatizaba excesivamente la textualidad de “lo real” y la estética de lo social, muchas veces en detrimento de analizar conflictos de intereses que se expresaban no sólo en identidades políticas, sino también en políticas de identidad. En diversas regiones del mundo, nuevas formas de agrupamiento, así como la reaparición o el fortalecimiento de otras más antiguas, ex-

* Instituto de Desarrollo Económico y Social (Argentina). Doctorando de Antropología, Universidad de Brasilia. Becario del CONICET. Publicó los siguientes libros: *Relatos de la diferencia y la igualdad*, *Interculturalidad y comunicación*, *Fronteras, naciones e identidades* y *Audiencias, cultura y poder* (con Mirta Varela).

presan luchas contra la desigualdad y por los derechos de la diferencia. A través de estos procesos, algunos conceptos centrales para comprender nuestra época se convirtieron en *problemas* –“no problemas analíticos, sino movimientos históricos que todavía no han sido resueltos” (Williams, 1980: 21). Cuando esto sucede “no tiene sentido prestar oídos a sus sonoras invitaciones o a sus resonantes estruendos” (ibíd.), ya que esa resonancia no es más que una convocatoria a la reproducción de un cierto saber, de una cierta práctica, de un cierto campo.

Williams proponía, en esas situaciones de crisis, trabajar no sólo sobre la etimología, sino en la historia social de la semántica (1983, 1980). En nuestro caso (y aquí el plural de la primera persona, como se verá, es más que un artilugio enunciativo), elegimos otro camino: en lugar de concentrarnos en los significados históricos, buscamos hacerlo –si se me permite decirlo– en uno de sus “referentes”. Es decir, en lugar de hacer un estudio sobre el término “frontera”, pretendimos realizar una diversidad de estudios sobre zonas fronterizas. En lugar de realizar una historia semántica, hicimos una historia territorial, relacional, socio-cultural de espacios fronterizos específicos. En lugar de apelar a la historia de las ideas, apelamos a la etnografía. Se trata de una entrada complementaria (no contrapuesta) a la de Williams, para analizar esos conceptos/problemas.

En la segunda mitad de los años ‘90 a varios etnógrafos nos resultaba potencialmente productivo avanzar en el estudio del problema “fronteras” como constitutivo del problema “identidades”, es decir, de los movimientos históricos que estaban implicados en ellos. El dilema era cómo enfrentar esas investigaciones con fuerte base empírica para que, aunque en un futuro pudiésemos contribuir a las concepciones metafóricas sobre fronteras, nuestros aportes consiguieran quebrar nuestras propias visiones etnocéntricas. Considerábamos muy riesgoso hablar constantemente de “fronteras” sin conocerlas. En ese marco, y sin un plan armónico de los diferentes trabajos, diversos investigadores decidimos concentrar nuestros estudios en zonas limítrofes entre estados nacionales.

No se trataba por cierto sólo de tematizar las fronteras estatales, y aunque había un fuerte énfasis empírico que valoramos, no se trataba tampoco de empirismo. Más bien se trató de *ir* a las fronteras estatales con una perspectiva abierta que permitiera detectar y comprender no sólo la multiplicidad y mixtura de identidades, sino también sus distinciones y conflictos. No sólo las combinatorias transfronterizas, sino también las lógicas locales de disputas interfronterizas. Ir a las fronteras para mostrar la contingencia e historicidad del límite no implicaba enfatizar exclusivamente su porosidad y sus cruces, sino también las luchas de poder, los estigmas persistentes y las nuevas formas de nacionalismo. En ese sentido, las fronteras políticas ofrecían un terreno, un territorio, especialmente productivo, no sólo porque allí convivían poblaciones que supuestamente adscribían a nacionalidades diferentes, sino también porque eran espacios con peculiar interés e intervención del poder estatal.

Pensar problemas políticos y culturales desde las fronteras implicaba romper con una cierta tradición, proceso que –aunque se inscribía en otras tradiciones– también contaba en América Latina con nuevos desarrollos (como García Canclini, 1992; Cardoso de Oliveira, 1997 y 2001). En el Cono Sur, las perspectivas más expandidas de las ciencias sociales tenían y tienen fuertes características centralistas; las historias y los procesos políticos son pensados desde las grandes ciudades. Por ejemplo, generalmente tiende a considerarse el proceso de “nation-building” como un proceso desde “arriba” hacia “abajo” y desde el “centro” hacia la “periferia”. Las fronteras, confín paradigmático, no tendrían relevancia. Sin embargo, recuperar la dimensión de agencia de las propias poblaciones fronterizas –en lugar de universalizar su supuesta “resistencia” al estado nación– puede revelar que, en muchos casos, hay una dialéctica entre “arriba” y “abajo”. De ese modo, las regiones de frontera a menudo tienen un impacto crítico en la formación de las naciones y de los estados. Las comunidades fronterizas pueden ser agentes de cambios sociopolíticos significativos más allá de su localidad e incluso más allá de su estado.

Algunos trabajos sobre la frontera de México-Estados Unidos (como el de García Canclini antes mencionado) tuvieron una importante influencia en el sentido de orientar nuevas búsquedas hacia espacios –como las fronteras políticas– donde se condensan dinámicas interculturales. Estudios posteriores en esa zona continuaron siendo importantes para nosotros (por ejemplo Vila, 2000). Sin embargo, percibíamos un hiato significativo entre los procesos sumamente peculiares de aquella frontera, con extrema desigualdad sociopolítica, y las situaciones que comenzábamos a analizar en el Cono Sur. Por ello, empezamos a sospechar que la afirmación (Alvarez, 1995) de que la frontera entre México y Estados Unidos es la frontera por excelencia del mundo contemporáneo, laboratorio de todas las fronteras, era simplemente una nueva manifestación de etnocentrismo. El estudio de otras fronteras implicaría una visión más compleja y diversa de las relaciones limítrofes.

Los estudios recientes sobre las fronteras de Europa, África y Asia (ver Donnan y Wilson, 1994; Wilson y Donnan, 1998) nos indicaban que las fronteras del mundo son muy heterogéneas e irreductibles las unas a las otras. No sólo son diversas las relaciones interestatales, sino también los vínculos entre las sociedades fronterizas y sus estados nacionales. Cada estado ha constituido un vínculo peculiar con la nación, el territorio y la población. En las fronteras, los peculiares entramados socioculturales de uno y otro país entran en contacto.

Así, comenzamos a pensar las fronteras del Cono Sur reapropiándonos de conceptos pensados no sólo en relación a México-Estados Unidos, sino a las fronteras de otras zonas del mundo. Y más importante aún, desarrollamos nuestros trabajos de campo y nuestros análisis dentro de perspectivas comparativas. Esas lecturas y los primeros estudios mostraban que cada zona fronteriza, en el proce-

so histórico de su propia delimitación y en el proceso social de renegociación y conflictos constantes, conjuga de un modo peculiar la relevancia de la acción estatal y de la población local. En la frontera franco-española, por ejemplo, parece haber un contraste entre el caso de los pirineos occidentales (con una fuerte intervención estatal, analizada por Douglass, 1998) y la activa participación local en los pirineos orientales (analizada por Sahlins, 1989). Sahlins, frente a una visión que reiteradamente victimiza a las poblaciones locales (no sin razones, por supuesto), muestra que los pobladores fronterizos pueden y deben ser vistos como agentes de su propia historia (en circunstancias, evidentemente, que no han elegido). Aunque de hecho existe una asimetría estructural entre ellos y sus respectivos estados, es ingenuo suponer que las poblaciones estaban unidas y viviendo en armonía cuando las fronteras de pronto cayeron sobre ellas. En Cerdeña la frontera divide a una población que hablaba la misma lengua y apelaba a tradiciones comunes, y que sin embargo se involucró activamente y fue determinante en su propia división. En el Cono Sur, aunque no conozcamos casos tan extremos, recién comienza a asumirse el desafío de pensar como *agentes fronterizos* a los jesuitas de las reducciones, a los guaraníes, a los *bandeirantes*, a los *fazendeiros* riograndenses y a muchos otros sectores sociales que tuvieron un papel relevante —a través de sus propios éxitos y sus fracasos, como la Guerra Guaranítica de mediados del siglo XVIII— en la construcción de las fronteras políticas en el Cono Sur. Si el proceso de construcción y definición de las fronteras políticas no se agota en las acciones de estos actores locales, ya que los respectivos estados tuvieron un papel clave, tampoco puede comprenderse la propia acción estatal sin analizar sus complejos vínculos con los actores sociales en las fronteras.

La relevancia de estos problemas históricos surgió de nuestro propio trabajo etnográfico sobre los procesos socioculturales en las fronteras contemporáneas. En diversos trabajos (Gordillo, 2000; Escolar, 2000; Karasik, 2000; Vidal, 2000; Grimson, 2000a y b) comenzamos a concebir el estudio antropológico de las comunidades fronterizas simultáneamente como el análisis de la vida cotidiana del estado, de las poblaciones y de las relaciones entre ambas. Los trabajos muestran que las relaciones entre “nación”, “estado” y “cultura” son sumamente problemáticas. Como dicen investigadores de las fronteras europeas, a pesar de que para mucha gente los tres conceptos “comparten las mismas propiedades de integridad, unidad, linealidad de tiempo y espacio, y distinción”, es fundamental demostrar que en la inmensa mayoría de los casos no existe ninguna correspondencia entre ellos. Para Wilson y Donnan (1998) el estado es “simultáneamente una forma cultural objetivizada y subjetivizada”. Las instituciones y los agentes del estado se conciben a sí mismos como entidades objetivas con objetivos definidos. Si sólo se analizan representaciones deconstruidas del estado, su realidad será negada, mientras que en las fronteras sus poderes se encuentran “monumentalmente inscriptos”. El estado existe y el *territorio* es una de las primeras condiciones de esa existencia.

Al mismo tiempo, no hay una concordancia precisa entre estado y nación. Las relaciones entre poder e identidad en las fronteras, y entre las fronteras y sus estados respectivos, son problemáticas precisamente porque el estado no puede siempre controlar las estructuras políticas que establece en sus extremidades. Las fuerzas de la política y la cultura, posiblemente influenciadas por fuerzas internacionales de otros estados, le dan a las fronteras configuraciones políticas específicas que hacen que las relaciones con sus gobiernos sean extremadamente conflictivas. Más aún cuando se plantea el caso –como el de Irlanda del Norte (Wilson, 1994) o el de los indios Tucuna (López, 2000)– de que el régimen de las fronteras culturales compita con el de las fronteras estatales.

Las fronteras son espacios de condensación de procesos socioculturales. Esas interfaces tangibles de los estados nacionales unen y separan de modos diversos, tanto en términos materiales como simbólicos. Hay fronteras que sólo figuran en mapas y otras que tienen muros de acero, fronteras donde la nacionalidad es una noción difusa y otras donde constituye la categoría central de identificación e interacción. Esa diversidad, a la vez, se encuentra sujeta a procesos y tendencias. Paradójicamente, cuando se anuncia el “fin de las fronteras”, en muchas regiones hay límites que devienen más poderosos.

En los últimos años, una parte sustancial de las investigaciones sobre fronteras en el Cono Sur se vinculó a una disconformidad teórica y política respecto de una importante corriente del estudio de las identidades y las culturas. Se trata de aquella vertiente que enfatiza la multiplicidad de identidades y su fragmentación, ocluyendo las relaciones de poder en general y la intervención del estado en particular. Las fronteras políticas constituyen un terreno sumamente productivo para pensar las relaciones de poder en el plano sociocultural, ya que los intereses, acciones e identificaciones de los actores locales encuentran diversas articulaciones y conflictos con los planes y la penetración del estado nacional. La crisis del estado, como se ha visto en diversas fronteras, se expresa fundamentalmente en términos de protección social, pero los sistemas de control y represión (del pequeño contrabando fronterizo, de las migraciones limítrofes) tienden a reforzarse. Por ello, el estado continúa teniendo un rol dominante como árbitro del control, la violencia, el orden y la organización para aquellos cuya identidad está siendo transformada por fuerzas mundiales. Por ello, es riesgoso subestimar el rol que el estado continúa jugando en la vida cotidiana de sus propios y otros ciudadanos. En diferentes países del Cono Sur, los estados nacionales guiados por hipótesis de conflicto bélico construyeron dispositivos para intervenir masivamente en la vida cotidiana de los pobladores fronterizos (Vidal, 2000).

Las zonas fronterizas constituyen espacios liminales donde se producen a la vez identidades transnacionales, así como conflictos y estigmatizaciones entre grupos nacionales. Como zonas de expansión y de límite, se reconfiguran para cumplir nuevas funciones en el nuevo orden global y regional. En diversas re-

giones se manifiestan dos procesos aparentemente contradictorios: la construcción de distinciones identitarias, y la construcción de elementos o rasgos compartidos por sus habitantes más allá del límite político existente. Estas zonas de frontera del Cono Sur están siendo analizadas no sólo como localizaciones de conflictos interestatales o del desarrollo de hermandades inmemoriales, sino como espacios estratégicos donde las tensiones entre estos aspectos se debaten y se procesan. En estas zonas se desarrollan relaciones interculturales que no plantean necesariamente la “pérdida de identidad” nacional. En muchos casos, por el contrario, esas identificaciones se encuentran exacerbadas, atravesadas por el mandato nacionalista de “hacer patria”. Una incógnita pendiente se refiere a la persistencia de la noción de frontera como límite que establece roles sociales diferentes para los actores a uno y otro lado de la línea, en el marco de procesos como el Mercosur u otros que se anuncian para el futuro, y que supuestamente implicarían la desaparición de esos límites. En la actualidad, estos procesos tienden a resignificar y recrear las asociaciones de la noción de frontera no sólo con categorías de diferencia, sino con otras que se refieren a superior-inferior, pobres-ricos, orden-desorden.

Estudios específicos

Un resultado general de las investigaciones en el Cono Sur es la elemental constatación empírica –que no tendría relevancia si no fuera por ciertas tesis globalistas o de un culturalismo extremo– de que las fronteras continúan siendo barreras arancelarias, migratorias e identitarias. Esa continuidad es histórica, ya que las características y sentidos de esas barreras son actualmente recreados en el marco de los discursos y políticas de “integración regional” y las dinámicas de globalización.

La constitución del estado implicó en nuestros países la construcción de dos tipos de fronteras. Por una parte, las fronteras propiamente políticas, límites del territorio dentro del cual se pretende la legitimidad para el monopolio del ejercicio de la violencia. Ese territorio, sin embargo, no siempre se encontraba efectivamente en poder de esos estados, sino en manos de poblaciones aborígenes. En casos tan variados como los de Brasil o Argentina, el estado se construyó en gran medida a través de la expansión de su frontera interior, conquistando el territorio que pretendía propio. Esta *frontera en expansión* todavía hoy tiene vigencia en ciertos países, a través de cierto “colonialismo interno” por el cual la sociedad nacional avanza sobre territorios habitados por indígenas. En muchos otros países, la *frontera política* adquiere una dinámica expansiva, ya sea sobre las poblaciones locales o sobre la vecina sociedad nacional. En ese sentido, el estudio de las fronteras políticas implicaba en ciertas situaciones considerar dos procesos fronterizos simultáneos y combinados.

Algunos ejemplos de estudios etnográficos e históricos pueden mostrar la diversidad y complejidad de las fronteras contemporáneas y de las múltiples tensiones que se despliegan en ellas. Uno de los casos estudiados es el enclave minero-industrial de Río Turbio, ubicado en la provincia argentina de Santa Cruz a 2 Km. de la frontera con Chile. Río Turbio fue “por medio siglo una piedra angular de la geopolítica argentina en Patagonia austral. Paradójicamente, sin embargo, su funcionamiento dependió siempre de trabajadores chilenos” (Vidal, 2000). A través de la empresa carbonífera estatal, el estado argentino instrumentó diversos modos de intervención en la vida cotidiana de los habitantes, produciendo profundas marcas identitarias y conformando una región con características culturales peculiares. La explotación del yacimiento fue concebida como una cuestión de “seguridad nacional”, ya que el enclave era el instrumento de consolidación de la presencia política del estado en un espacio de soberanía disputada. ¿Qué ocurre cuando una empresa organizada para consolidar a la Nación, en cuyos cálculos de inversión se incorpora como un aspecto fundamental la producción de soberanía, es privatizada? ¿Qué ocurre cuando el estado se retira de una *company town* en la cual los trabajadores nacionales eran “soldados” que iban a “hacer patria”? El análisis de Vidal focaliza en los modos en que el pasaje de una economía nacional controlada por el estado a una economía de mercado globalizada “transforma las complejas identidades y antagonismos forjados en medio siglo de confrontación geopolítica”. Para ello analiza dos conflictos sociales ocurridos en la ciudad, donde puede verse un fuerte contraste entre una lucha conjunta de los trabajadores argentinos y chilenos contra las medidas laborales de la empresa recientemente privatizada en 1994, y una lucha social de los habitantes argentinos de Río Turbio en 1997, en que Chile y los chilenos desaparecen de manera absoluta de la arena política local. Ese contraste revela una profunda transformación “del significado de la frontera y de la relación entre frontera-nación”. En el conflicto de 1997 lo que se encontraba en juego no es la relación “con el otro de afuera, sino la relación de pertenencia de los argentinos que viven en la frontera con la nación”. La lucha se desarrolla en tanto los habitantes de Río Turbio perciben que el dispositivo expansivo de la frontera se encuentra ahora en proceso de inversión, retrotrayéndose, y que ellos van a quedar fuera, convirtiéndose en “chilotes”, aquello que les enseñaron a ubicar en el último escalón de la sociedad y en el lugar de los enemigos.

En contraste con Río Turbio, donde el Estado tiende a retirarse, en algunas fronteras del norte argentino los controles fronterizos parecen haberse endurecido en los últimos años, al menos para los pobladores locales. En ese marco, nuevas dinámicas de intercambio e interacción también constituyeron el marco de nuevos temores y tensiones. En 1990 se inauguró un puente que une la ciudad argentina de Posadas con la paraguaya de Encarnación. Los actores locales y los funcionarios nacionales de ambos países festejaron el nuevo viaducto como símbolo de la “integración latinoamericana” y como “fin de las fronteras entre los pueblos”. Sin

embargo, el incremento cualitativo de cruces de personas, automóviles y mercancías constituyó un marco en el cual se desarrollaron disputas entre sectores sociales. Las nuevas facilidades para que los posadeños realizaran sus compras en Encarnación y para los cruces de las tradicionales “paseras” paraguayas (mujeres que desde hace más de un siglo viven del cruce de pequeñas mercaderías) afectaron los intereses de los comerciantes posadeños. Diversas organizaciones de Posadas comenzaron a reclamar mayores controles aduaneros, denunciando que el dinero argentino sale del país por el puente, acusando a los paraguayos de tener una economía informal y afirmando en privado que el puente provocó la “debaque económica de la ciudad”. Frente a los nuevos controles y los maltratos en la aduana argentina, se desarrolla desde 1992 una serie de protestas de las paseras y los taxistas paraguayos a través de bloqueos del puente, reclamando la flexibilización de la frontera. En la medida en que la tensión entre las localidades y los países va en aumento, comienzan a involucrarse en el conflicto funcionarios locales, provinciales y nacionales, hasta que el puente aparece en la agenda de negociación de los mandatarios de ambos países (Grimson, 2000a). Más allá de medidas parciales, la situación de tensión y conflicto continúa en la actualidad.

Los imaginarios sobre la regionalización y los impactos de las políticas de integración son muy diferentes en las metrópolis y en las zonas fronterizas. El Mercosur plantea la construcción de una nueva infraestructura de comunicación a través del transporte terrestre que permita avanzar en el objetivo político económico del corredor bioceánico. Las planificaciones nacionales y binacionales parten del presupuesto de que la pavimentación de rutas y la construcción de puentes implican un progreso en la interconexión y unión de los pueblos. Sin embargo, las realidades de las poblaciones fronterizas son heterogéneas y complejas. Aunque los nuevos puentes dinamicen los intercambios económicos y el movimiento de personas, en la medida en que se inserten en políticas que favorecen el comercio en gran escala y dificultan el histórico “contrabando hormiga”, pueden no ser visualizados meramente como una unión. Por el contrario, la reorganización de las formas de circulación puede terminar articulándose con una visualización de los puentes como “causa” de una nueva división, de nuevos rencores y disputas. Al estar imbricado con ciertas políticas de endurecimiento y reforzamiento de las fronteras, un puente puede terminar separando dos orillas (ídem).

Otro estudio particularmente interesante es el realizado desde una perspectiva histórica y etnográfica por Gordillo y Leguizamón (1997), sobre la frontera argentino-paraguaya del Pilcomayo medio. Cuando el límite entre ambos países se fijó en el Pilcomayo, surgió el problema de que por las características geográficas el río solía desviarse permanentemente. Aquel que podía considerarse en un momento el “brazo principal”, puede secarse pocos años después. De esa manera, los desplazamientos de los cauces principales provocaban no sólo inundaciones y sequías, sino también un constante y dificultoso desplazamiento de la frontera internacional, poniendo en cuestión el concepto de “frontera natural” utiliza-

do por los estados. Los diversos grupos que habitaban las márgenes del río (entre otros, tobas y wichís) utilizaban el río como criterio de demarcación, pero en un sentido distinto: la oposición era “río arriba” y “río abajo”, más que entre una y otra margen. La creciente presencia de los estados nacionales en la región a través de sus fuerzas militares implicó un cambio en la percepción de los aborígenes, comenzándose en algunos casos a definir los límites intertribales en función de la frontera internacional.

En estos últimos años los estados han desarrollado dos obras importantes en la región. Por una parte, la canalización del río –para evitar los problemas de inundaciones y sequías– busca ordenar también el “límite internacional”, profundizando la demarcación de la frontera. Por otra parte, la consolidación del Mercosur ha acelerado el proceso de vencer obstáculos espaciales construyendo un puente que atraviesa el Pilcomayo, aunque sin caminos que permitan conectar el viaducto con las rutas importantes. Para Gordillo y Leguizamón, en este doble proceso de delimitación y unión se entrelazan procesos globales, regionales, nacionales y locales. La población aborigen queda involucrada fuertemente en el proceso, al punto que el puente se construye sobre tierras de una comunidad. La comunidad decidió cortar el puente, ya que nadie los había consultado sobre su ingreso en la era global. Por eso, “la construcción del puente y la llegada del Mercosur a la zona estuvieron para los grupos aborígenes estrechamente ligados al problema de la tierra”, al punto que algunos dirigentes indígenas afirmaban: “yo creo que el Mercosur no va para nosotros, porque es una cosa de atropellarnos a nosotros”. En ese marco se produce una flexibilización de la frontera para los movimientos de capital, mientras se desarrolla “un mayor control de la frontera por parte de los organismos del Estado”, generando mayores restricciones en los cruces de la población local. De esa manera, las dinámicas del Mercosur le imponen a la región del Pilcomayo medio un doble sentido como frontera: a) frontera internacional, límite entre estados (en inglés *border*); b) espacio flexible de articulación entre sistemas con dinámicas socioeconómicas heterogéneas donde uno se expande sobre el otro (en inglés, *frontier*).

Esta doble tensión atraviesa diversas fronteras de los estados del Mercosur, que constituyen en general regiones periféricas de las grandes metrópolis de cada país. Para comprender ese proceso de transformación, se hace necesaria una dimensión histórica de la sociedad y la cultura en el proceso de constitución de la frontera. Por ejemplo, como plantea Karasik (1993), en el noroeste argentino se plantea una sucesión de definiciones fronterizas que implican continuidades y rupturas: frontera del Tawantinsuyu, frontera colonial y frontera nacional. Las dos fronteras de la provincia argentina de Jujuy, con Chile y con Bolivia, “no tienen la misma presencia en el imaginario social. La frontera con Bolivia (valorada e incorporada, o rechazada y negada) es una frontera *presente* en el imaginario jujeño (...). La frontera con Chile podría caracterizarse como ‘ausente’ del imaginario social” (ídem). A pesar de que las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas han mostrado que en el pasado existió una gran circulación a través

de esa región cordillerana, pareciera que el cambio de las condiciones sociales transformó una zona permeable en un obstáculo insalvable para la interacción (ver también Escolar, 2000).

Escolar, que desarrolla su estudio en una región cordillerana relativamente cercana a San Juan y Santiago de Chile, busca reconstruir los procesos de identificación en la población local en una perspectiva de larga duración. Aquí interesa contrastar las décadas de 1930 y 1940, cuando a través de obras de infraestructura y de políticas sociales el estado argentino buscó “integrar” a la población aborígen con los tiempos neoliberales actuales, en los que se generan procesos de exclusión social y adquisición de tierras por parte de extranjeros. En una tesis sugerente, que aquí sólo esquematizaremos, Escolar indica que la modalidad local del “estado de bienestar” se conjugó con un proceso de argentinización y renuncia de las identificaciones aborígenes, mientras que la modalidad local del neoliberalismo se conjuga con procesos de reetnicización (2001).

Tendencias

Los estudios en las zonas fronterizas parecen indicar una gran diversidad de situaciones, una heterogeneidad vinculada a historias diferentes y contextos específicos distintos. Esta diversidad no impide reconocer ciertas tendencias predominantes en un contexto espacio-temporal específico. Los procesos de regionalización del Cono Sur están produciendo combinaciones peculiares en la relación estado/nación/frontera. En varias zonas parecen delinearse dos tendencias complementarias. Mientras los estados renuevan y fortalecen los controles y regulaciones de las que consideran sus fronteras críticas (ver Karasik, 2000; Grimson, 2000 a y b), se encuentran en franco retroceso los modelos de nacionalización del territorio a través de políticas asociadas al “bienestar” (ver Escolar, 2000; Vidal, 2000).

Es decir, hacia mediados del siglo XX se constituía una ecuación que combinaba visiones militaristas de hipótesis de conflicto con ciertos procesos de “integración territorial y social” de las poblaciones periféricas. El “bienestar” era función de la nacionalización, así como ésta era función de la fortaleza nacional en una guerra que –por suerte– nunca se concretó. De manera diversa, a partir de los años noventa puede percibirse en diversas fronteras del Cono Sur que los proyectos de “integración regional” como el Mercosur disuelven las hipótesis de conflicto. Pero en lugar de revalorizar la frontera como espacio de diálogo e interacción, esto se traduce –especialmente, pero no sólo en Argentina– en el abandono de toda política activa y de desarrollo social de las zonas fronterizas. Si el “bienestar” convivió con el conflicto, la “integración” convive actualmente con tiempos neoliberales¹.

Por una parte, las políticas estatales de ocupación de espacios fronterizos con empresas públicas o destacamentos militares se encuentran en retirada (ver Vidal,

2000). La promoción del poblamiento de las fronteras –anclada en hipótesis de conflicto bélico– con la instalación de carreteras, escuelas y otra infraestructura ha llegado a su fin en diversas regiones. Las nuevas carreteras y puentes no buscan beneficiar a las poblaciones fronterizas (en la lógica secular del enfrentamiento interestatal), sino promover el comercio terrestre entre países atravesando ciudades fronterizas, concebidas como “zonas de servicios”. Así, se crean importantes facilidades para la circulación de mercaderías de grandes empresas.

Por otra parte, el control sobre las poblaciones fronterizas parece haberse fortalecido, en relación a la circulación tanto de personas como de pequeñas mercaderías del llamado “contrabando hormiga”. Así, en muchos casos, los pobladores fronterizos perciben una mayor –no una menor– presencia estatal. El estado se retira en su función de protección y reaparece en su papel de control y regulación. En otras palabras, podríamos estar asistiendo –más que a una “desterritorialización” generalizada– a la sustitución de un modelo de territorialización por otro.

Los procesos de regionalización como el Mercosur han impactado de manera compleja en las zonas fronterizas. Los estados llegan con fuerzas renovadas a las fronteras a partir de la “integración”. Ejercen un control inédito sobre algunas poblaciones fronterizas, desconociendo o tratando de anular las historias y tradiciones locales. Pobladores de espacios fronterizos, con libre intercambio de productos durante décadas, ven aparecer refuerzos en los puestos aduaneros o de gendarmería. Perciben nuevos controles migratorios.

Así, en muchas de las fronteras del Cono Sur el abandono de las hipótesis de conflicto bélico fue seguido de una desmilitarización, a la vez que de nuevos controles al movimiento de mercaderías, personas y símbolos. Esto último es visible tanto en las dificultades que migrantes bolivianos y pobladores fronterizos argentinos encuentran para ingresar los trajes del carnaval, como en los discursos nacionalistas e higienistas que se desarrollaron en los últimos dos años en las fronteras de Brasil, Uruguay y Argentina. A partir de nuevos focos de aftosa, en diferentes momentos, cada estado instaló prohibiciones de ingreso de mercaderías y procedimientos de “desinfección” de los propios pobladores fronterizos que pretendían atravesar el límite internacional.

En momentos en que a través de los procesos llamados de globalización y regionalización, así como de las nuevas políticas del estado y de los reclamos de las poblaciones limítrofes, las fronteras están siendo redefinidas: es mucho más que ellas lo que se encuentra en juego. Los estados, lejos de desaparecer, se transforman y modifican su relación con el territorio y con la población. En el Cono Sur pareciera que, mientras la “paranoia” de la soberanía se desplaza a un segundo plano, el pánico a los tráficos comienza a ocupar el lugar central. De la obsesión por el espacio pasamos a la obsesión de los flujos. La obsesión de multiplicar los flujos “por arriba” y detener los flujos “por abajo”.

Bibliografía

- Alvarez, Robert 1995 “The Mexican-US Border: The Making of an Anthropology of Borderlands”, en *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, 447-470.
- Barth, Fredrik 1976 “Introducción”, en *Los grupos étnicos y sus fronteras* (México: Fondo de Cultura Económica) 9-49.
- Cardoso de Oliveira, Roberto 1976 *Identidade, etnia e estrutura social* (San Pablo: Pioneira Editora).
- Cardoso de Oliveira, Roberto 1996 *O índio e o mundo dos brancos* (Campinas: Unicamp).
- Cardoso de Oliveira, Roberto 1997 “Identidade, Etnicidade e Nacionalidade no Mercosul”, en *Politica comparada-Revista Brasiliense de Politicas Comparadas* Año 1, Vol. 1, N° 2, 9-20.
- Cardoso de Oliveira, Roberto 2001 “Los (des)caminos de las identidades”, en *Apuntes* (Buenos Aires) N° 7, Mayo.
- Donnan, Hasting y Thomas Wilson (editores) 1994 *Border Approaches. Anthropological Perspectives on Frontiers* (London: University Press of America and Anthropological Association of Ireland).
- Douglass, William 1998 “A Western perspective o an eastern interpretation of where north meets south: Pyrenean borderland culture”, en Wilson, T. y H. Donnan *Border Identities* (Cambridge: Cambridge University Press) 62-95.
- Escolar, Diego: “Identidades emergentes en la frontera argentino-chilena”, en Grimson, A. (comp.) *Fronteras, naciones e identidades* (Buenos Aires: CICCUS-La Crujía).
- García Canclini, Néstor 1992 *Culturas Híbridas* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Gordillo, Gastón 2000 “Canales para un río indómito. Frontera, estado y utopías aborígenes en el noroeste de Formosa”, en Grimson, A. (compilador) *Fronteras, naciones e identidades* (Buenos Aires: CICCUS-La Crujía).
- Gordillo, Gastón y Juan Leguizamón 1997 “El río y la frontera. Aborígenes, obras públicas y Mercosur en el Pilcomayo medio”. Ponencia presentada en el V° Congreso Argentino de Antropología Social (La Plata) Agosto.
- Grimson, Alejandro 2000[a] “El puente que separó dos orillas”, en Grimson, A. (comp.) *Fronteras, naciones e identidades* (Buenos Aires: CICCUS-La Crujía).
- Grimson, Alejandro 2000[b] “Cortar puentes, cortar pollos. Conflictos económicos y agencias políticas en Uruguayana (Brasil) - Libres (Argentina)”, en *Revista de Investigaciones Folclóricas* (Buenos Aires) N° 15.

- Grimson, Alejandro 2001 “Fronteras, migraciones y Mercosur. Crisis de las utopías integracionistas”, en *Apuntes* (Buenos Aires), N° 7, Mayo.
- Karasik, Gabriela 1993 “Fronteras y periferias. Algunas reflexiones en torno a la frontera norte argentino-chilena”. Monografía presentada al *Seminario de integración sub-regional*, UNJU, Jujuy, inédito.
- Karasik, Gabriela 2000 “Tras la genealogía del diablo. Discusiones sobre la nación y el estado en la frontera argentino-boliviana”, en Grimson, A. (compilador) *Fronteras, naciones e identidades* (Buenos Aires: CICCUS-La Crujía).
- López, Claudia 2000 *Ticunas brasileiros, colombianos y peruanos: etnicidad y nacionalidad en la región de fronteras del alto Amazonas/Solomões* (Brasil: CEPPAC-UnB) Tesis de doctorado en antropología.
- Sahlins, Peter 1989 *Boundaries. The Making of France and Spain in the Pyrenees* (Berkeley: University of California Press).
- Vidal, Hernán 2000 “La frontera después del ajuste”, en Grimson, A. (compilador) *Fronteras, naciones e identidades* (Buenos Aires: CICCUS-La Crujía).
- Vila, Pablo 2000 *Crossing Borders, Reinforcing Borders* (Austin: University of Texas Press).
- Williams, Raymond 1980 *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península).
- Williams, Raymond 1983 *Keywords* (Nueva York: Oxford University Press).
- Wilson, Thomas 1994 “Symbolic dimensions to the Irish Border”, en Hastings, D. y T. Wilson (editores) *Border Approaches. Anthropological Perspectives on Frontiers* (London: University Press of America and Anthropological Association of Ireland).
- Wilson, Thomas y Hasting Donnan (editores) 1998 *Border Identities* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Wilson, Thomas y Hasting Donnan (editores) 1998 “Nation, state and identity at international borders”, en Wilson, T. y Donnan, H. *Border Identities* (Cambridge: Cambridge University Press) 1-30.

Notas

1 Obviamente, es necesario también cuestionar qué significan en nuestras regiones “bienestar” e “integración”. Sobre este último aspecto ver Grimson (2001).